

CIUDADES SECUNDARIAS EN LA ALDEA GLOBAL

*Magda Zavala**

- * Profesora e investigadora de la Universidad Nacional, Doctora en Letras por la Universidad de Lovaina, Bélgica y especialista en Literatura Centroamericana. También ha realizado investigaciones sobre literatura popular. Actualmente dirige la Maestría en Estudios de Cultura Centroamericana y la Revista Istmica. Es co-fundadora del CIRCA (Centro de Información y Referencia sobre Centroamérica). Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas y además escribe narrativa y poesía.

Los linderos de nuestra urbe

Una ciudad puede ser un espacio lejano y vertical que exige al pie kilómetros de sudor, o el sitio del que se huye en vacaciones con gesto aturdido; también el lugar donde se retrata la ignominia o se realiza un concierto monumental, con sones perfectamente previstos, seguidos de loca gritería.

Siempre en ella se firma la exclusión de los que alientan fuera, sumidos en el verde montañoso, rurales y ajenos, o de los que pululan dentro, con su cara absolutamente anónima. En ella se corre con ademán nervioso para huir de la lluvia o de otro agresor momentáneo que nos asalta para mitigar su hambre cotidiana.

Si la admiramos por las noches desde alguna montaña circundante, nuestra ciudad, propia de un tercer mundo apenas camuflado, se expande y ahueca con bordes irregulares como una amiba inmensa, plagada de estrellas, tan solitaria que nos saca suspiros y añoranzas. Lo cierto es que vivimos en este Sur implacable, barrido por los vientos tecnológicos y espurios de la globa-

-
- Nota de la editora: La autora introdujo este texto con las siguientes palabras, que por su vigencia se transcriben en su totalidad. "Pedi permiso a los organizadores para venir aquí, no con una ponencia, sino con un texto poco ortodoxo; así que les agradezco su gentileza al haberlo admitido y a ustedes que me permitan leerlo. Debo advertir que no hay en él análisis similares a los que hemos oído con satisfacción, de nuestros colegas. Son simplemente reflexiones acerca del tema que nos ocupa, acompañadas por unapoeema. Deben haberme animado a semejante irrupción, por una parte, la coincidencia entre el poema (escrito en 1989) y el tema de fondo de este encuentro, y por otra, las palabras de un maestro que lo escuchó en noviembre pasado. Se trata del poeta que hoy se nos va con una lenta agonía: don Isaac Felipe Azofeifa, a quien rindo homenaje por su creación y sus luchas. Adalid de intachable consecuencia con los sectores más necesitados, se mantuvo en pie por la dignidad y soberanía de los pueblos hasta que fue al encuentro irremediable, blandiendo la poesía."

lización. Aquí los espacios urbanos son enclaves secretos para las negociaciones de asesores y consultores internacionales, y vitrinas para los señores, recientes o antiguos, que procuran, desde curules y otros podios enclavados en empresas dinásticas, pasar en orden perfecto, los dineros públicos a las arcas de apellido y abolengo; esto es, en ellas se concreta hoy la expoliación legalizada, el sonriente hurto amparado.

Aquí vivimos a través de muchas ciudades superpuestas. La Gran Ciudad dicta línea e impone el gusto; es señora, señor o travesti sacerdotal que sabe de horóscopos y nos llega todas las noches, vía satélite, por medio de un gentil programita televisivo. Los animadores del morbo amarillista son más conocidos que el vecino próximo. Nuestros niños cargan desde el nacimiento, y quizás antes, nombres macarrónicos que anudan el prestigio inglés del Johnny o Marilyn con un depreciado apellido español. Los sitios de comida rápida y digestión pesada son los signos de buen gusto y meta obligatoria del almuerzo dominical.

Nuestra ciudad, San José, es subsidiaria y horrenda en su desprecio total a la armonía, en su disposición liberal hacia la modernidad implantada que no perdona huella del pasado. Esta ciudad barre todo rastro vegetal para levantar urbanizaciones con cúspides preparadas para la nieve, o casitas de fósforos apiladas en barriadas populares, sin atisbos de arquitecto asentado en el Caribe. Es producto de políticos y empresarios que quieren saberse herederos de antiguos o nuevos inmigrantes, para lo que borran todo indicio de indígena o africano, y añoran su ombligo original que suponen al otro lado el mar.

Este mundo de liberales cosmopolitas, que tienen por su mayor peligro estar fuera de moda, destruyó primero el tranvía y luego el tren, sin pensar dos veces en la contaminación; es un cosmos esnob que ve en Miami su modelo y proveedor. No hubo aquí conservadores que defendieran los monumentos reales; entonces fueron cayendo una a una las antiguas contrucciones, para dar paso a parqueos. Hoy se tienen que inventar faroles ficticios y añorantes, que a nadie engañan, sobre calzadas sin historia.

Este día, ese espacio nos expulsa más que nunca. Los antiguos barrios señoriales albergan hoteles para turistas extranje-

ros que pagan en dólares la noche. Quedó atrás la aldea provinciana, apta para la vida, con su retreta nocturna o el paseo por la avenida de todos, ideal para saludos y encuentros.

En esta hora más que aciaga, de esperanzas rotas, nuestro amago de ciudad se parte en dos: aparece una capital para extranjeros y pudientes, compuesta por "malls" y centros comerciales exclusivos, hoteles, discotecas y residenciales de prestigio; y otra, la sin rostro, la del mercado central y calle ocho; la de chapulines y niños callejeros, la de aquellos que desean, con apatencia frustrada, los productos importados que exhiben las vitrinas. En fin, la nueva ciudad dejó atrás la solidaridad de clases que nos distinguía y que marcaba, en un mismo barrio residencial, casas con precios a varios alcances.

Cuando se han perdido los pasos, no hay socialdemocracia, abundan los muertos culturales de la Guerra Fría (gente que teme hablar, manifestarse, luchar, parecer nacionalista...), oportunamente resituados en los grandes partidos tradicionales, y los políticos de nuevo cuño muestran, con una sonrisa dandi, su colmillo preparado para el saqueo del Estado, perdemos el espacio común y compartido, se borran nuestras huellas de identidad.

La profecía autocumplida: el mito de la aldea global

Mac Luhan vio en el horizonte un sólo mundo interconectado, una sola ciudad planetaria. Con ello, más que una profecía, proponía derroteros y metas estadounidenses para una estrategia de dominio cultural. Es el fiel acompañamiento a los ideales económicos de los Chicago Boy's y las empresas transnacionales que, amparadas por sus propuestas, llevan al clímax en este fin del siglo, la búsqueda de un centro hegemónico imperialista. Soñado desde el renacimiento, y quizás mucho antes, por varias potencias. Hoy ese centro real y virtual se desplaza por la rutas del ciberespacio.

La llamada globalización es un viejo programa con nuevo rostro. Es el imperio no de un país, sino de las empresas europeo-norteamericanas y asiáticas con un sólo eje cultural, animado

por la tecnología de las comunicaciones. Nuestros políticos cachorros suspiran por ver a Costa Rica globalizada y para lograrlo buscan instituir por reformas constitucionales una república confesadamente neoliberal. Y nos apuran, y se apuran ellos mismos por atajos legales o ilegales, para inscribir la "nueva" historia, apremiando con el coco de la cercanía del fin del siglo.

Sin embargo, y a pesar de cuanto digan los vocingleros autóctonos que bien comprenden, pero disimulan quizás porque les conviene obnubilarnos, no existe aún la aldea global ni para Internet, que no logra abarcar todavía a los países pobres defendidos justamente por su miseria. Tampoco quieren la globalización las potencias rivales, el club de las naciones más fuertes que busca el equilibrio del poder con fuertes barreras defensivas. Ellas protegen sus mercados porque pueden, en un pulso permanente, y decretan el libre mercado para las excolonias y neocolonias, el mundo indefenso de los débiles. No hay tal inexorable llegada de la ola que logrará imponerle un único aspecto al universo conocido, una sola máscara. Y los neoliberalismos empiezan a ser intentos fallidos, con cuantiosas pérdidas sociales, en varios países, ejemplo triste para nosotros, México.

Pero el intento de mundialización rasera sí tiene una marca distintiva y ambivalente, hay que reconocerlo. Es dominio económico-tecnológico, político y, muy especialmente informativo, por medio de máquinas inteligentes que reacomodan nuestros esquemas cerebrales, según su propia estructuración codificada, y nos encaminan por sus pistas abarcadoras y penetrantes. Crean una ciudad ilusoria donde resultan ciudadanos unos cuantos felices que logran navegar contra viento y marea, aunque la vida afuera se caiga en pedazos.

Pero la máquina es sólo un instrumento que podría abonar a nuestra prosperidad. Por ahora, su poder impone la cultura quizás más burda y frívola con que cuenta la historia humana: el "modo de vida americano". También otros medios tecnológicos transportan la producción cultural en serie de un cine y una televisión sin sensibilidad ni inteligencia, empeñados en los últimos años en el culto a la muerte violenta y asesina. Por esa mira omnipresente añoramos las calles de San Francisco o Miami Vice y Dallas... vivimos nuestro "imaginario" por calles ajenas.

La clase política, más liberal que nunca, quizás por primera vez toma de manera decidida en Costa Rica el camino fácil (y promisorio para sus fortunas), de la entrega nacional a cambio de ventajas en negocios privados. Los miembros de este sector, hijos, sobrinos, nietos o primos de antiguos dirigentes nacionalistas, fueron desenraizados desde niños y vivieron o se formaron fuera de Costa Rica, como auténticos ciudadanos de las urbes foráneas, que nunca cantaron la patriótica y sienten franco desprecio por el maíz original. Esta gente anda penando por lograr acreditaciones internacionales que los vuelvan ciudadanos de primera categoría, capaces de "competir" con homólogos en el mundo.

Jóvenes políticos de este signo y sus acompañantes intelectuales de viaje publican en los periódicos verdaderos panegíricos al mundo metropolitano, donde identifican a sus maestros. Y, por supuesto, no encuentran mácula en la historia de aquellos y celebran sus fechas y fiestas nacionales. También buscan borrar la tradición nacionalista de la escuela porque ya no quieren nación ni patria, sino país a secas.

En defensa de nuestras ciudades, apenas emergentes entre montañas

A contrapelo de tanto embate modernizante, desde Panamá a Chiapas, muchas de nuestras ciudades tienen todavía el sabor a lo propio indígena, lo auténtico mestizo y colonial. Son culturalmente provincias con lechero, campanas para la misa del domingo, paseo por el parque, cimarronas y casas de adobes. Pueblos grandes entre montañas o villas rodeadas de pampas. Aquí la vida y la muerte tienen reales y sinceros cortejos y rituales. Son las ciudades doblemente secundarias fuera de la urbe filial.

Pero en este momento, también a sus cercanías o a su corazón llega como una estocada la modernidad residual, el enclave turístico que, como en el pasado la hacienda latifundio, acosa a los pequeños propietarios y a los peones y los lanza a las capitales. Llega la política de zona protegida que cuida un espacio cir-

cunscrito para permitir la desertificación del entorno, a punta de vistas gordas y permisos oficiales. Por eso, los antiguos cazadores cuenteros, capaces de cortar una cascada en dos con el machete para huir del tigre, retan a los "parqueños" (celadores en los parques nacionales) y los tienen por enemigos jurados.

La zona protegida acaba con formas de sobrevivencia provinciana. ¿Para qué progreso, ciencia, revolución tecnológica, modernidad en época postmoderna con marca de muerte contaminante, extinción y más injusticia...?

Quedarán la Gran metrópolis transnacional y los sitios conservados en medio de un desierto inmenso, a no ser que también logremos retenes efectivos para salvar el patio solariego, la plaza y la feria, los caminos, un cierto derecho a la armonía urbana, la digna afirmación de nuestra particularidad sin eufemismos; a no ser que superemos, dignos herederos de Omar Dengo, Carmen Lyra, García Monge y tantos otros ciudadanos ejemplares, el temor a parecer fuera de moda si hablamos de justicia social o buscamos defendernos del imperio francamente naturalizado.

En fin, si no entendemos que rechazar la aculturación enlatada es un derecho y un deber y que Bond 007 no es el mejor paradigma del héroe de ficción en este siglo, se cumplirán los designios y hablaremos con una sola lengua y hasta nuestras sonrisas estarán codificadas.

¿Es la ciudad enemiga? Quizás sólo este lugar múltiple, irregular y sin rostro propio que nos está creciendo como se propagan las células invasoras y nos consumen, en medio de una humorada fin de siglo.

A ella el canto siguiente:

Ciudades

Hay ciudades blancas,
con las frentes inclinadas
y rodillas en tierra cuando los salmos de la tarde,
ciudades corroídas por fórmulas sagradas
sobre piedras inmemoriales,
ciudades para un tiempo monolito,
ciudades columnares;
diríase prisiones extensas
con sus torres geométricas y
damas ocultas en velos;
(sueños que saltan a tentar el cielo);
maquetas de
cal,
soledad y lágrima.

Hay ciudades multirraciales
con hombrecillos empapados en hedor, lluvia y sueño
en banquetas de parques municipales;
ciudades implacables
que engullen sus hordas de niños trashumantes,
espacios de asfalto y cemento,
iluminados con neón invasor,
geométricos colmenares.

Existen ciudades vestidas con altivos cristales
de fortificación invisible;
y las hay ilusorias
en montículos enhiestos de cristal,
ciudades sin gente,
o con pasos transitorios,
que huyen al caer la tarde.

Pululan ciudades isla,
roedoras bajo las sombras
y otras que exponen sus gargantas con vaho industrial
y ciudades rodeadas por anillos de zozobra.

Existen ciudades cascarón
devoradas por sus hijos,
y ciudades que se quedaron solas
(son del viento que pasa entre las hojas).

Las hay aún con rincones
donde anida
algún amor,
si es que amor
resta entre
prisas y ruido metálico.

Y hay también pueblos errantes
ayer de sandalia, lanza y flecha,
privados de su espacio original,
(¿quién sigue sus huellas en sangre?)

Mientras, crecen las ciudades rock,
las ciudades crack,
ciudades de titanes
y superhombres de papel.

Y Roma no tiene piedad,
París mantiene monumentos a un tirano
y el milagro alemán en ciudades suicidas,
Madrid mata aún sus minotauros...

¿Quién no muere sin provocar indiferencia en Nueva Delhi,
quién no titubea en Moscú?
¿Y San José umbilical que sofocan los murmullos?
¿Quién olvida la marcha de las Madres
sobre la Plaza de mayo?

Ciudades Dallas millonarias
y ciudades Nueva York para morir con lluvias,
entre inmigrantes de piel que asombra.
(Y en las distantes capitales la vida alienta subversiva.)

Se diseñan ciudades-caza
y tanques sobre ciudades
ciudades metralla,
para la vida que pasa entre delirio de balas;
ciudades Beirut
Bagdad,
ciudades Guatemala;
pueblos sin salvador
y lentísimas ciudades resaca,
colonial Tegucigalpa.

Hay ciudades tomadas por la espesura vegetal
en sus maderas sensibles,
y ciudades abatidas por terremotos e invasiones
(territorio de polvaredas ancestrales).

Hay inciertos centros de conservación,
tristes amagos ciudadanos,
zoológicos,
dispuestos a recibir
turistas amigables.

Se fundan también ciudades-banco,
proxenetas refugios de trasiego,
ciudades para el derecho transnacional
en su robusta diplomacia;
y ciudades liberadas
(En silencio una bandera blanca).

Las hay sumidas bajo capas de nieve
y hermosas ciudades flotantes,
con nostálgicos canales;
metrópolis de cemento y lluvia,
todas próximas, todas semejantes;
ciudades de bloques
y asfalto
de asbesto y cristal
de aluminio y plástico

de hierro, plástico y soledad,
 con miríadas de espejos
 e implacable hierro en líneas decisivas;
 de vidrio y luces
 y sirenas tartamudas,
 de luces y espejos
 de cuadrículos haces lumínicos,
 de silencio y oscuridad;
 intermitentes ciudades
 de oscuridad,
 tos y lamento,
 de oscuridad tardía,
 de gritos mutilados,
 de vitrina
 y miedo,
 de basura y
 saciedad,
 de ausencia y
 soledad,
 de indiferencia
 y metal,
 hueso y
 oquedad,
 miedo.

San José, 1989